Francesc Miralles

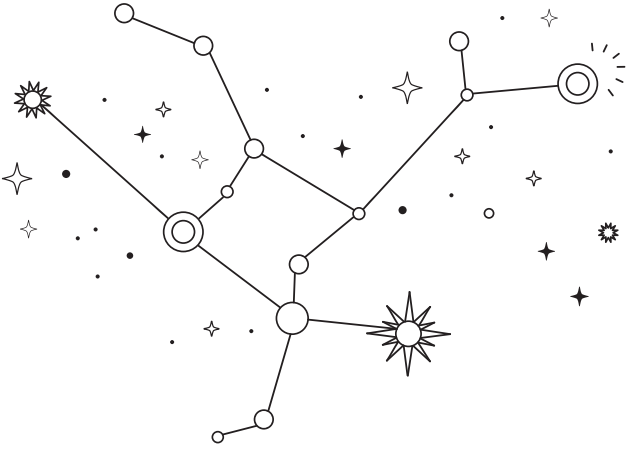
VIAJE A ANDRÓMEDA



CROSS BOOKS

Francesc Miralles

VIAJE A ANDRÓMEDA



CROSS BOOKS

CROSSBOOKS, 2025
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Viatge a Andròmeda*
© del texto: Francesc Miralles, 2025

© de la traducción: Francesc Miralles, 2025
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: enero de 2025
ISBN: 978-84-08-29778-9
Depósito legal: B. 21.029-2024
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

1

Hasta ese martes por la mañana, aquella había sido un aula normal llena de adolescentes soñolientos. La mayoría de los veintisiete estudiantes de secundaria iban juntos desde hacía varios años y las relaciones entre ellos eran más o menos fluidas, con dos excepciones.

La primera se llamaba Andrómeda, un nombre extravagante que le pegaba, pues era misteriosa y lejana como la galaxia. Desde su pupitre junto a la ventana, a través de sus gafas de sol observaba la vida como si no fuera con ella. Hacía tiempo que el profesorado había desistido de hacerle quitar en clase aquellas lentes oscuras. Algunos opinaban que debía de tratarse de un problema ocular, pero quienes la conocían mejor sabían que era una cuestión de índole espiritual.

Andrómeda era una *hater* silenciosa. Odiaba la realidad, el mundo y a ella misma. Ni siquiera el matón de la clase, que se apoyaba en la pared opuesta del aula, se animaba a provocarla.

La otra excepción era Héctor, un grandullón bondadoso que ocupaba la última fila de la clase. Inmóvil como un reptil, su timidez patológica hacía que no se comunicara con na-

die, tal vez porque no creía en la posibilidad de ser comprendido.

En la pausa del patio, se sentaba solo en la grada más alta y miraba el cielo. Nada más. De regreso al aula, sus ojos azules vagaban un rato por el espacio habitado, como si buscara sin éxito la señal de wifi que le permitiría conectarse a los demás.

Luego se congelaba y su mirada quedaba fija en un punto indeterminado. Ese punto solía ser la nuca de Andrómeda.

Regresando a ese martes maldito, no fue hasta avanzada la mañana que los alumnos se dieron cuenta de que había dos ausencias en la clase. Como, por razones distintas, ambos estaban siempre ensimismados y no intervenían en los debates, hubo que esperar al mediodía para que el empollón que llevaba la revista del colegio, al ver la ventana despejada, comentara: «Falta Andrómeda».

«Tampoco Héctor ha venido», señaló una de las estudiantes de la zona trasera.

No era una noticia que mereciera más atención. Al fin y al cabo, siempre faltaba algún alumno por enfermedad o por la razón que fuera.

Sin embargo, el miércoles las clases empezaron con las mismas dos ausencias. La profesora de matemáticas anotó en el cuaderno de asistencia que Andrómeda y Héctor no habían acudido a la clase. Nadie los había visto nunca relacionarse. En realidad, no habían intercambiado jamás una sola palabra. Eso descartaba que hubieran hecho novillos juntos.

Que ambos hubieran faltado dos días seguidos parecía, pues, una casualidad.

Al final de aquel miércoles, la directora de la escuela se encargaría de hacerles saber que no era así.

2

Faltaban solo diez minutos para las cuatro y media, cuando el timbre desataría una desbandada en todas las direcciones de aquel pueblo de cuatro mil habitantes que algunos se empeñaban en llamar ciudad.

Tahoe Falls podía cuadruplicar su población en verano, cuando los turistas venían atraídos por los deportes acuáticos y por su pequeño casino, una influencia de la cercana Las Vegas que avergonzaba a los locales. De hecho, los pocos delitos registrados en la localidad solían estar causados por jugadores desesperados, borrachos o ambas cosas.

El resto del año, aquel era un lugar donde no solía suceder nada destacable, más allá de las muertes por enfermedad o accidente, incluyendo un ahogamiento en el lago cada quince años.

Faltaban, pues, diez minutos para poner fin a las clases cuando un crujido en la puerta precedió a la entrada de la directora de la escuela, conocida popularmente como la Coronela.

Aparte del discurso inaugural de cada curso, aquella mujer que rebasaba los cincuenta raramente se dejaba ver fuera de su despacho, así que toda la clase entendió que algo no

iba bien. Su expresión grave contribuyó a que sus palabras se siguieran con total atención:

—Creo que ya os habéis dado cuenta de que, desde ayer martes, faltan dos de vuestros compañeros.

—Los raros... —se atrevió a susurrar un alumno.

—Que ambos no hayan venido los dos días no es ninguna coincidencia, ya que ambas ausencias están relacionadas.

Si la irrupción de la Coronela en el aula había captado ya la atención, este último comentario elevó la expectación aún más. El silencio era sepulcral.

—La noticia que vengo a comunicaros es terrible y a la vez feliz. Sí, me atrevo a denominarla así.

La posterior pausa de dos segundos se hizo insoportable a los alumnos de grado 10 del instituto de Tahoe Falls.

—Este lunes por la tarde, mientras Andrómeda atravesaba el parque de Shallow Creek, fue atacada a punta de cuchillo por un hombre a quien la policía aún no ha identificado.

La clase entera contuvo el aliento.

—Los que conocéis esa zona ya sabréis que en esta época del año es un lugar solitario —añadió la mujer—, así que fue providencial que Héctor siguiera ese mismo camino a cierta distancia y viera lo que estaba pasando.

—¿Y qué sucedió? —preguntó con aprensión la delegada de la clase.

—Al ver que el hombre del cuchillo se la llevaba hacia unos setos, Héctor corrió a asistirla. No dudó en arrojarse contra él y luchar a muerte contra el agresor, que acabó huyendo tras asestarle varias cuchilladas.

Se oyó más de un «Dios mío» en medio del murmullo, que la mujer acalló levantando el brazo.

—Por lo que sabemos, Héctor está fuera de peligro. Andrómeda se está recuperando en su casa del *shock* emocional. Os ruego que seáis discretos y respetuosos con ella, cuando

sea capaz de volver a clase. Ya sabéis que tiene baja tolerancia a ser el centro de atención. —La directora barrió la clase con la mirada antes de concluir—: Por lo que respecta a Héctor, espero que el valor de este chico encuentre el reconocimiento que merece.

Dicho esto, sonó el timbre que marcaba el fin de las clases.

A diferencia de otros días, sin embargo, los alumnos de aquella aula seguían clavados en sus asientos.

3

La primera en regresar fue Andrómeda. La clase entera se detuvo, como una foto fija, cuando entró vestida de negro con sus gafas de sol. Su piel demasiado blanca mostraba, como un lienzo, dos arañazos en la mejilla y una herida más profunda en el cuello.

Siguiendo la petición de la directora, nadie hizo comentario alguno cuando atravesó el aula, caminando muy rígida, hasta ocupar su asiento.

Una de las chicas que se sentaban detrás de ella no pudo evitar ponerle la mano sobre su hombro mientras le susurraba al oído:

—Lo siento. Estamos muy felices de que...

El cuerpo entero de Andrómeda se sacudió, como presa de una descarga eléctrica, lo cual hizo que su compañera retirara la mano y no siguiera hablando.

El profesor de historia apartó su mirada miope de la protagonista silenciosa de aquel viernes. Luego se aclaró la garganta y empezó a decir:

—Los graves hechos sucedidos el pasado lunes deben llevarnos a la reflexión. Por eso, en lugar del tema previsto para hoy, quiero proponer un debate sobre la violencia, ha-

ciendo especial énfasis en la de género. Como ciudadanos de un país libre, en el que todos tenemos derecho a la seguridad y la intimidad, ¿cómo deberíamos hacer frente a un episodio tan terrible como este?

Los ojos del profesor se detuvieron un instante en Andrómeda para luego regresar al grupo. El matón de la clase, recostado contra la pared, levantó la voz:

—Hay que pelarlo.

—¿Cómo dices? —preguntó el profesor de historia.

—Ese pedazo de escoria merece la muerte. Seguramente es un forastero, nadie de Tahoe Falls haría algo así. Si vuelve a aparecer, lo mejor es liquidarlo antes de que pueda volver a actuar.

Se oyó un murmullo de voces confusas, que el profesor acalló:

—Entonces tú no crees en la justicia.

—¡Lo que estoy proponiendo es justicia! De no ser por Héctor, la chiflada esta de negro estaría ya bajo tierra.

La clase siguió con un debate sobre la lentitud del sistema judicial en Nevada, uno de los veintisiete estados del país que permiten la pena de muerte, aunque la última ejecución databa de 2006.

Cuando sonó el timbre para salir al patio, los ánimos estaban ya muy caldeados. Contraviniendo las recomendaciones de la Coronela, Andrómeda se vio rodeada por media docena de compañeros que la ametrallaban a preguntas:

—¿Pudiste verle bien la cara? ¿Ha hecho la poli un retrato robot?

—¿Por qué no le diste una patada en los huevos?

—¿Llegó a tocarte?

El cuerpo delgado de Andrómeda empezó a temblar bajo el suéter negro con la famosa portada de Joy Division para el disco *Unknown pleasures*. Las líneas blancas que emergían

como picos sobre la oscuridad eran un gráfico de 1919 sacado de una enciclopedia de astronomía. Ilustraban el sonido que emite una estrella al desaparecer.

Y eso era lo que parecía ocurrirle a Andrómeda, mientras era acosada por los curiosos. Su cuerpo temblaba como si un terremoto interno estuviera a punto de derrumbarla. Una gruesa lágrima se descolgó bajo las gafas oscuras justo antes de que ella gritara:

—¡A la mierda!

4

El lunes que siguió al *incidente* —este era el eufemismo con el que ahora se conocía lo sucedido—, el instituto de secundaria de Tahoe Falls parecía estar en las fiestas del 4 de Julio.

Desde que se sabía que Héctor regresaría al centro, tras cuatro días de hospitalización y dos de reposo, la locura se había apoderado de cada aula y cada pasillo.

Los estudiantes de música habían preparado dos piezas para recibirle y esperaban, con sus instrumentos a punto, en el *hall* del instituto. Detrás de ellos y en las escaleras, una turba de alumnos de todas las clases aguardaba con ansiedad la llegada del héroe.

Cuando Héctor atravesó la puerta, ayudándose de una muleta, la banda empezó a tocar el *Himno a la alegría*, al que seguiría el himno nacional en una versión de jazz.

Los aplausos que llegaban de atrás, como una oleada sonora, sirvieron para enmascarar los fallos de aquel pequeño concierto para el que solo habían tenido unas horas de ensayo.

Con la cabeza parcialmente vendada, Héctor se pasó la mano por un hematoma en el pómulo, sin saber qué hacer. En el hospital le habían cosido cinco cortes en el tronco. Tuvo

la fortuna de que no estaba ningún órgano afectado, pero, cada vez que se movía, sentía que las heridas se abrían de nuevo.

En la lucha contra aquel hombre que pesaba mucho más que él, además, se había dislocado el tobillo.

Héctor esperó a que la música cesara para pasar junto a la banda, a la que dio las gracias con un leve movimiento de cabeza. Luego fue rodeado por una masa humana que lo fue conduciendo entre gritos hasta su aula.

Con las mejillas encendidas y el cuello empapado de sudor frío, quiso refugiarse en su asiento de la última fila, pero la Coronela tenía otros planes para él. Tras tomarle las manos con vigor, le ordenó con voz suave:

—Debes sentarte con Andrómeda. Solo hoy, ¿de acuerdo? Va a venir el *sheriff* a dar una charla, también el alcalde. Querrán encontraros juntos, como si fuerais grandes amigos. A fin de cuentas, sois los protagonistas de esta historia.

Dicho esto, le dio dos golpecitos en la espalda mientras Héctor trataba de avanzar hacia el pupitre de Andrómeda. En el camino, fue interceptado una decena de veces por chicas que le cogían de las manos o le plantaban besos en la mejilla magullada, junto con abrazos de los chicos.

Antes de lograr ocupar el asiento, quedaba superar el muro del matón de la clase, que le estrujó la mano y, con los ojos encendidos, le dijo:

—Voy a matar a ese hijo de puta. Le voy a arrancar los huevos y se los haré comer crudos, te lo prometo.

Después de eso, Héctor se dejó caer, agotado, en el asiento. A su lado, Andrómeda tenía la cabeza gacha y las manos sobre la mesa. Se fijó en que dos uñas de ella estaban rotas, imaginó que a causa del forcejeo. Recordó que, mientras él luchaba contra el violador y su cuchillo, ella se había lanzado sobre el hombre con una piedra en la mano.

Era un milagro que estuvieran enteros.

Le habría gustado compartir todo eso con Andrómeda, pero no sabía cómo hacerlo, así que se quedó muy quieto en su asiento, con la mirada congelada al frente.

Llegó el *sheriff* de Tahoe Falls, cuya camisa parecía a punto de reventar. Alguien susurró que, con ese cuerpo, era imposible que pudiera dar caza al violador ni a nadie, en el caso improbable de que siguiera en el pueblo.

Con una voz algo chillona, empezó el discurso elogiando el valor cívico de Héctor, tras lo cual compartió algunos datos de la investigación. Las descripciones físicas obtenidas no encajaban con nadie de la localidad, por lo que había que concluir que se trataba de un loco de paso. Muy probablemente, tras el ataque debía de haber huido muy lejos de allí.

Los restos de sangre y cabello no encajaban con los registros policiales de ADN, lo cual revelaba que el agresor nunca había sido fichado.

Acto seguido, el *sheriff* dio nuevas recomendaciones para quienes tuvieran que atravesar Shallow Creek y otras zonas poco pobladas del municipio, así como principios generales de defensa personal y alarma en casos similares.

La charla del *sheriff* fue muy aplaudida, a excepción de Héctor y Andrómeda, que parecían haber caído dentro de un pozo interior, cada cual en el suyo.

El discurso del alcalde, que impuso a Héctor la medalla de la ciudad, fue mucho más artificioso. A fin de cuentas, en pocos meses habría elecciones y convenía aprovechar el «incidente» para enumerar la batería de medidas que tomaría el consistorio para que algo así no se repitiera.

La hora del patio transcurrió con relativa normalidad. Pasada la emoción inicial, los estudiantes estaban cansados de tanta pompa y circunstancia. Como novedad, una marca

de bebidas y la panadería local habían dispuesto un desayuno especial para «el regreso de Héctor», que no se acercó a catarlo.

Como cualquier otro día, subió ayudándose de la muleta hasta la última grada y, una vez allí, levantó la cabeza al cielo.